

Historia de la Filosofía e Historia Intelectual.
Aportes teórico-metodológicos para la filosofía argentina y latinoamericana.

Directora: María Carla Galfione; co-director: Ignacio Barbeito;
integrantes: Juan Pablo Padovani, Facundo Moine, Andrés Carbel.

A. Introducción

Si la historia intelectual se propuso desde hace ya más de cuarenta años como renovación de la historia de las ideas¹, lo cierto es que, paradójicamente, sus aportes calaron hondo en el campo de la historia, quedando vacante, hasta años recientes, su exploración en el terreno propio de la filosofía. Sus contribuciones alcanzaron inicialmente, y de manera muy somera, los estudios de la filosofía política, gracias a que los aportes desplegados por uno de sus más destacados referentes, Quentin Skinner, se inscribieron principalmente en ese universo de discusiones. No obstante, desarrollos que generaron importantes respuestas en el acotado espacio de la naciente historia intelectual, no tuvieron mucha repercusión en ese terreno filosófico, en que habían dado sus primeros pasos.

A lo largo de la indagación que realizamos en el marco del proyecto secyt que acabamos de informar, “Filosofía y política. Tres momentos de la filosofía en Córdoba a través de las revistas”, en que no sólo nos ocupamos de un segmento de la historia de la filosofía escasamente indagado, sino que nos abocamos al trabajo con un material específico como son las publicaciones periódicas, fueron surgiendo interrogantes, lecturas, discusiones que nos invitaron a revisar los aportes de la historia intelectual.² Nos interesa aquí detenernos en esas contribuciones de cara a las posibilidades de pensar algunos sentidos posibles para la historia de la filosofía. La pregunta general que guiará nuestra nueva investigación puede plantearse de la siguiente manera: ¿cómo hacer historia de la filosofía? A pesar de su aparente simplicidad, esta pregunta reúne diversas y complejas cuestiones: qué modelos de historia de la filosofía tenemos disponibles y cuáles son sus particularidades y alcances; en qué medida esas historias recogen aspectos particulares en función de la ubicación espacio-temporal en que se producen; qué vínculos se establecen con otros saberes y otros órdenes de historicidad; sobre qué criterios de legitimidad se incluyen/excluyen los diversos materiales disponibles de trabajo; y en un orden más general, qué idea de historia o de tiempo suponen y en qué noción de filosofía se respaldan.

Puede reconocerse en la mayoría de las historias de la filosofía con las que contamos, y nos referimos tanto a las que estudian la llamada “*filosofía occidental*”, cuanto la “*argentina*” y/o “*latinoamericana*”, la intervención de algunos supuestos que se repiten con frecuencia y se vuelven estructurantes de este orden del saber: en la filosofía occidental en general, pareciera que la inauguración de un esquema de pensamiento nuevo con el paso del medioevo a la modernidad, habría habilitado las condiciones definitorias básicas de la filosofía, como nuevo saber legitimado académicamente, con la consecuente delimitación de sus reglas y espacios de incumbencia, que excluyen tanto la consideración de los múltiples aspectos que se derivan de la consideración del espacio y el tiempo en que se despliegan las especulaciones teóricas, cuanto el posible vínculo con otros campos de saber. En lo que hace al pensamiento argentino y latinoamericano, las historias de esta filosofía más difundidas sugieren a menudo que la disciplina comenzaría con el efectivo abandono de las preocupaciones de

¹ Entre los primeros planteos de la historia intelectual en general se reconocen los aportes de Quentin Skinner y la posibilidad de revisar las formulaciones que el norteamericano Arthur Lovejoy desarrollara en la década de 1930, en torno a lo que denominaba “historia de las ideas”. Los desarrollos de Lovejoy buscaban clarificar el campo a partir del reconocimiento de una serie acotada de “ideas” que podían descubrirse operando en múltiples combinaciones a la base de toda formulación teórica o pretendidamente filosófica. La detallada descomposición de las teorías en busca de esas ideas que las subyacen es presentada como condición de una historia que puede remontarse a la antigüedad clásica para reconocer su despliegue sostenido y continuo hasta la contemporaneidad.

² Cabe destacar que respecto de la composición del equipo tal como trabajó en el proyecto SECYT 2016-2017 se incorpora en el presente un integrante más, el investigador en formación Andrés Carbel.

orden político y el reemplazo de un discurso ligado a la acción por uno de carácter especulativo y atento a las contribuciones “filosóficas” venidas de Europa y los Estados Unidos. Si fue Hegel el primero que se animó a hablar en términos de historia de la filosofía, las coordenadas habían sido definidas con anterioridad, y sobrevivirán con creces los planteos del filósofo alemán.

Con esa condición básica, la historia de esa actividad especulativa se presenta como una complejización creciente en el orden de las ideas, con expectativas manifiestas de reconocer en la sucesión algún viso de progreso o evolución. En la mayoría de los casos en que se estudia a pensadores del pasado y se hace alusión a su relación con otros, amén de que no se problematiza o explicita la perspectiva historiográfica desde la cual se trabaja, es muy usual reconocer expresiones como “renovación”, “superación”, “refutación”, cuando no “consumación”, “perfeccionamiento” o “coronación”, para mencionar algunos de los sustantivos más que elocuentes.

Ante esas definiciones, muy propias del siglo XIX,³ los investigadores del siglo XX han mostrado inclinación hacia perspectivas más “problemáticas” que “históricas” y esa ha sido la matriz, incluso, sobre la que se han estructurado muchas carreras universitarias, particularmente en nuestro país. No obstante, allí parece posible tanto referirse a problemas que atravesaron los diversos siglos y continentes, como valerse de una terminología que, en apariencia, fue común. La opción que busca privilegiar los problemas supone también una perspectiva acerca de la historia y de la filosofía que por lo general no resulta explicitada. Finalmente, ocurre algo similar a lo que señalamos de la mirada histórica: se trabaja sobre supuestos y consideraciones escasamente enunciadas acerca de los autores, el material a partir del cual nos llega su pensamiento (libros, artículos, etc.), y el proceso de mediación que nos separa de éstos como lectores o intérpretes. Ese amplio universo de supuestos, creemos, debe ser presentado como una variedad de cuestiones a revisar, aclarar y explicitar a partir de los aportes de la historia intelectual.⁴ Quizás estemos en condiciones de recuperar aquí lo que sugiere Rorty en relación a la división del trabajo entre la historia intelectual y la historia de la filosofía: ésta debe recurrir a aquella en busca de herramientas para construir su relato, pero al hacerlo está obligada a revisar algunos de sus supuestos más básicos o, al menos, ocuparse de explicitarlos.

En el amplio escenario de la historia intelectual, pueden distinguirse algunas líneas o escuelas que aportan diversas reflexiones y herramientas para el trabajo de indagación que nos interesa realizar. Así podemos explorar propuestas pioneras en este sentido como el *contextualismo* del ya mencionado Quentin Skinner. Interesa específicamente su llamado a poner la atención sobre el contexto lingüístico de los autores estudiados, como modo de acceder a las condiciones de posibilidad que ofrecía el lenguaje de su tiempo, y reconocer desde ahí tanto la significación específica de las palabras, como su valor performativo. O bien los aportes de Reinhart Koselleck y su interés por la *dimensión semántica*, desde donde se insiste en marcar la diferencia entre palabras y conceptos, destacando que es la plurivocidad de estos últimos, en tanto sedimentos de experiencias históricas, lo que permite reconocer y dar cuenta de la historicidad de los conceptos político-sociales. Es atendible así mismo el perfil que adopta la nueva historia conceptual cuando, en manos de autores como Pierre Rosanvallon, pone el foco de atención en los conceptos políticos, ocupándose allí de resaltar la temporalidad intrínseca del lenguaje, que inhibe cualquier clausura de significado, al tiempo que resulta condición de la política misma.

En ese terreno valen muchas y sutiles distinciones, y parte de nuestro trabajo será explorarlas en detalle. Lo que resulta indispensable resaltar, aun en esta instancia preliminar, es una diferencia fundamental entre

³ Aunque advertimos que, si bien el modelo corresponde al siglo XIX en Europa, en nuestra región fue adoptado con la institucionalización de las carreras ligadas a la disciplina, en el siglo XX.

⁴ Seguimos de cerca la propuesta, aún exploratoria, que desarrollan Silvia Manzo y Vera Warkman, editora de *¿Por qué seguir contando historias de la filosofía? Reflexiones sobre la historia y la historiografía de la filosofía*, Buenos Aires, 2016, Prometeo. En ese sentido, si bien advertimos que en los últimos años se ensayan formas alternativas de historia de la filosofía, en sus diversas versiones y sobre todo latinoamericanas y argentinas, creemos que falta mucho trabajo de revisión, análisis teórico y explicitación de los supuestos que están a la base del trabajo histórico-filosófico más aceptado e instituido.

algunas de estas posiciones, diferencia que se desprende de diversas percepciones acerca del vínculo entre el pasado y el presente. Uno de los rasgos centrales de la lectura que propone Skinner y que también ensaya Koselleck, tiene que ver con la limitación del estudio a la comprensión del pasado sin presuponer una implicación presente de esa indagación. Si esa advertencia nos precave respecto de las “malas” lecturas que buscan en el pasado explicaciones del presente, haciendo decir al pasado lo que queremos oír en el presente, creemos no obstante que es necesario reconsiderarla en relación a nuestro propio objeto de estudio. Precisamente porque no proponemos aquí hacer historia de la filosofía como historia intelectual, sino reflexionar, con los aportes de la historia intelectual, sobre los modos en que se hizo, se hace y puede hacerse la historia de la filosofía. Intentando esquivar los riesgos de la prolepsis y sin comprometernos con ninguna idea de continuidad histórica, no podemos dejar de advertir el vínculo con el presente. En ese sentido, quizás convenga recuperar también los aportes de la arqueología foucaultiana para hacer foco en el modo como se fue estructurando un discurso “filosófico” que llega hasta nosotros. Una invitación a detenernos en los enunciados que van configurando las condiciones y características de un discurso, las reglas que están supuestas en cada enunciado y se presentan como condición del mismo.

En un sentido similar, podemos recuperar también los aportes de la Escuela de Padova que, valiéndose de la *Begriffsgeschichte* koselleckiana, focaliza su atención en la naturalización de las categorías modernas. Esta historia conceptual, al revisar el origen moderno de los conceptos políticos, advierte que una historia de la filosofía construida a partir de esos presupuestos, no es propiamente una historia sino una “teoría”. Con más precisión, los autores que abogan por esta lectura sostienen que la “filosofía” debe entenderse como el constante ejercicio de preguntar, que cuestiona lo obvio o lo aparentemente natural, un modelo que, a su juicio, podría encontrarse la filosofía de la antigüedad griega. La “teoría”, en cambio, supone la aceptación acrítica de ciertos conceptos, con la consecuente ausencia de preguntas sobre ellos. La filosofía sería entonces la condición de la historia de la filosofía, en la medida en que se recogen los aportes de la historia conceptual, al detenerse en cada uno de los conceptos que fueron centrales para la disciplina a lo largo del tiempo, y preguntarse por ellos. Darlos por supuestos o tomarlos como herramientas de comprensión de la misma historia de la disciplina implicaría comprometerse con una teoría, que, sin lugar a dudas, es la moderna.

Considerado de este modo, el estudio de la historia que se propone esta línea no aísla en el pasado cada objeto, sino que estudia los restos persistentes de una determinada concepción que continúan operando como horizonte de sentido más allá del tiempo en el que adquirieron su significación originaria. Parece una advertencia más que pertinente para el objeto que nos proponemos indagar, porque nos permite ver cómo esos sentidos propios del discurso europeo del siglo XVIII, que resultaron fundantes para nuestra disciplina, siguen aún vigentes. Revisar la categorización implícita en las historias de la filosofía es revisar la “teoría” supuestas en ellas, y con esto las diversas apuestas por una u otra definición de este saber, cuya proyección puede rastrearse en diversas manifestaciones, desde manuales hasta planes de estudio de carreras universitarias.

Siendo esta la perspectiva general del proyecto que aquí presentamos, buscaremos focalizarnos en algunos aspectos puntuales, aunque sin perder de vista el conjunto que funciona como telón de fondo y le da sentido. El juego central se establece en el vínculo entre historia de la filosofía e historia intelectual, intentando reconstruir los diversos desarrollos teóricos de esta última y sus aportes a la historia de la filosofía, tanto para advertir las marcas propias de las opciones que se fueron tomando en este terreno, como para ensayar el abordaje de autores, textos, momentos, manifestaciones o proyectos intelectuales. Se reúnen aquí diversos niveles de análisis que será importante distinguir, porque si en el más abstracto y general la pregunta gira en torno a la posibilidad de reubicar las coordenadas de la historia de la filosofía a la luz de los aportes de la historia intelectual, al mismo tiempo, la historia intelectual permite reconocer las condiciones de posibilidad de algunas historias de la filosofía, incluso del mismo canon filosófico, y contribuir con sus herramientas a las diversas y particulares indagaciones histórico-filosóficas.

Todo lo dicho se pone, para nosotros, al servicio de un intento de pensar la historia de la filosofía argentina y latinoamericana. Nuevamente, tanto en el modo en que se fue construyendo como saber, con sus reglas y

condiciones, cuanto en la potencialidad que puede desplegar de la mano de los aportes de la historia intelectual. Ante este objeto más preciso, en íntima relación con lo dicho arriba y en particular con los aportes de la historia conceptual, observamos que la estructura conceptual de la modernidad funciona tanto como contenido efectivo que condiciona la conceptualización filosófica argentina y latinoamericana desde fines del siglo XIX, cuanto como condición de la lectura y construcción de la historia de esa filosofía.

A modo de hipótesis orientadoras de nuestra investigación podríamos destacar, en primer lugar, que es posible pensar que los aportes de la historia intelectual, en sus diversas expresiones, pueden ayudar a descubrir alcances, límites, supuestos e implicancias de la historia de la filosofía en general y, en particular, la de Argentina y América Latina; pero, junto con esto, que esos mismos aportes resultan fundamentales a la hora de reconocer y significar los discursos filosóficos poniendo en cuestión, de diversa manera y con diferentes matrices filosóficas, los supuestos modernos que operan en la base de los conceptos de “historia” y de “filosofía”.

B. Objetivos

Entre los objetivos generales se destaca la intención de contribuir a revisar los supuestos generales del canon filosófico vigente en la actualidad; reconocer la importancia de las historias de la filosofía en la construcción de ese canon; y desarrollar herramientas metodológicas básicas para el trabajo filosófico.

Entre los específicos, buscamos reconocer las diferentes corrientes de la historia intelectual, sus definiciones, sus debates, sus diferencias; explorar el modo en que esas corrientes contribuyen a repensar la historia de la filosofía y sus abordajes; analizar las expresiones argentinas y latinoamericanas de la historia de la filosofía a partir de los diversos aportes de la historia intelectual; y poner a prueba esos aportes para avanzar en el reconocimiento del pensamiento argentino y latinoamericano en casos o momentos específicos.

C. Bibliografía

Chignola, S. (1998). “Historia de los conceptos e historiografía del discurso político”, en: *Res publica*, 1, 7-33.

Dosse, Françoise, *La marcha de las ideas*, Valencia, 2007, Universidad de Valencia.

Duso, Giuseppe, “Historia conceptual como filosofía política”, en: *Res publica*, n° 1, 1998, pp. 35-71

Foucault, Michel, “Arqueología e historia de las ideas”, en *Arqueología del saber*, México, 1995, FCE.

Farré, Luis, *Cincuenta años de filosofía en Argentina*, Buenos Aires, 1958, Peuser.

Jay, Martin, *Campos de fuerza*, Buenos Aires, 2013, Paidós.

Koselleck Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, 1993, Paidós.

Lovejoy, Arthur, “Reflexiones sobre la historia de las ideas”, en: *Prismas, revista de historia intelectual*, n° 4, 2000, UNQ, pp. 127-141.

Manzo, Silvia y Waksman, Vera (eds), *¿Por qué seguir contando historias de la filosofía? Reflexiones sobre la historia y la historiografía de la filosofía*, Buenos Aires, 2016, Prometeo.

Palti, Elías, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Bernal, 1998, UNQ.

Rorty, Richard, Skinner, Quentin, et al., *La filosofía en la historia*, Barcelona, 1990, Paidós.

Rosanvallon, Pierre, *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires, 2003, F.C.E..

Skinner, Quentin, “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, en: *Prismas, revista de historia intelectual*, n° 4, 2000, UNQ, pp. 149-191.

Tarcus, Horacio, “La historia intelectual y la problemática de la recepción”, en: *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores, obreros, intelectuales y científicos (1871-1910)*, Buenos Aires, 2007, siglo XXI.

Tarcus, Horacio, “Para un programa de estudios sobre los marxismos latinoamericanos”, s/d.

D. Cronograma de actividades

Las actividades se desarrollarán en tres momentos consecutivos:

1° - La historia intelectual, sus escuelas: lectura, análisis, debates, elaboración de conclusiones.

2°- Historias de la filosofía argentina y latinoamericana: exploración, recuperación, reconocimiento, análisis crítico a partir de los aportes de la historia intelectual.

3°- Los aportes de la historia intelectual para el estudio de casos o momentos específicos del pensamiento argentino y latinoamericano.

Paralelamente, se propiciará la socialización de avances parciales (AP) por parte de los miembros del equipo en instancias académicas, congresos y publicaciones pertinentes. Se reservan los últimos meses del proyecto para la redacción de informes finales y material destinado a su publicación.

mes	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24
1°																								
2°																								
3°																								
AP																								
Informes																								

E. Importancia del proyecto

Tal como se detalló inicialmente, se distinguen dos tipos de aportes en este proyecto: por una parte, se trata de historizar las historias de la filosofía a partir de los diversos aportes de la historia intelectual, y, por la otra, de recoger esas contribuciones para la elaboración reflexiva de una metodología de indagación que permite revisar ese mismo modo de historizar la filosofía, cuanto avanzar en el estudio y la investigación sobre cuestiones puntuales y/o autores o proyectos intelectuales precisos de la historia de nuestro pensamiento argentino y latinoamericano.

Destacamos en particular este segundo aspecto, como instancia de formación de jóvenes investigadores, complementaria con la formación de grado.

F. Facilidades disponibles

Dentro de las facilidades de que disponemos para llevar adelante este proyecto se destaca la inscripción de este proyecto el Programa de Historia y Antropología de la Cultura, radicado en el IDACOR, en que se privilegia un trabajo interdisciplinario que enriquece nuestra perspectiva de análisis y en el marco del cual se desarrollan importantes actividades vinculadas con la historia intelectual, tales como el Taller de Historia Intelectual, que este año tendrá su décima edición en nuestra ciudad, y desde el cual se mantiene un vínculo fluido con los principales centros de investigación en esta línea, tales como el CHI-UNQ (Centro de Historia Intelectual de la Universidad de Quilmes) y el CeDInCI.

G. Justificación del presupuesto solicitado

El presupuesto que se solicita será destinado a la compra de insumos de librería para hacer factible el trabajo dinámico de los diversos miembros del equipo, a la adquisición de bibliografía, a la obtención de material bibliográfico no disponible para su adquisición, a través de la digitalización y consulta de fondos, y a la participación de los miembros del equipo en instancias de formación y socialización de los diferentes resultados, a través de la participación en cursos, conferencias y eventos académicos.